

Palabras para ti

COMO LOS TRENES DE LA NOCHE José Agustín Goytisolo Ed. Lumen Barcelona, 1995

Decía Antonio Machado que su principal aspiración era que sus versos se cantasen por la gente como anónimos. Seguramente, de todos los poetas de los últimos cuarenta años es José Agustín Goytisolo uno de los poquísimos que ha alcanzado esa aspiración compartida con el viejo maestro: "Prefiero que recuerden alguno de mis versos/ y que olviden mi nombre". En la voz de Paco Ibáñez poemas como "Me lo decía mi abuelito", "El lobito bueno" o, más que ninguno, "Palabras para Julia" han llegado a ser populares sin que el nombre de su autor lo conozcan más allá de cuatro personas. Y ni falta que hace. Al menos para aquellos poetas que, como José Agustín y no pocos más, aspiran más que a ninguna otra cosa a que su poema consiga identificación, revelación y escalofrío en el lector.



José Agustín Goytisolo, en Palma, noviembre del 94. FOTO: TORRELLÓ.

Así lo reitera uno de los poemas finales de *Como los trenes de la noche*: "... el poema termina ahí/ en el pecho sobresaltado/ que lo repite y hace suyo/ hasta olvidar quien lo escribiera./ Entre el poema y el autor/ la primacía es del poema".

Como los trenes de la noche es un título tomado de unos versos del poema "El revuelo de sus cabellos", de su libro anterior *La noche le es propicia* (1992): "Hoy la anarquía de las sábanas/ y el revuelo de sus cabellos/ la devuelven a la alegría/ de una infancia entre los olores/ de un jardín que nunca olvidó/ desde el que oía oscuros trenes/ que escapaban hacia la noche". De la mano del estímulo acústico se forjaba en un libro plenamente erótico el símbolo oscuro de los trenes nocturnos que llevan del amor a la intuición de la muerte mediante una referencia a la fugacidad del tiempo. Ahora esa intuición la amplifica el autor en un libro que, más que en una recuperación de sus temas principales, consiste en un logrado y muy actual ejercicio de voz poética. Enfrentado a la experiencia del tiempo, de la nostalgia y del deterioro, el sujeto poético de Goytisolo logra con precisión anuar vitalismo y elegía en unos poemas de difícil sencillez.

Dedicado *in memoriam* y desde la soledad del superviviente a Carlos Barral y a Jaime Gil de Biedma, *Como los trenes de la noche* implica un grado significativo de complicidad sentimental y artística con la poesía de ambos, como ha señalado Pere Rovira: "con ello José Agustín Goytisolo alude a que en este último libro suyo hay algo de diálogo con los de sus amigos. Por ejemplo con el rechazo de la identidad poética de Gil de Biedma, en *Poemas póstumos*, o con las relaciones entre la niñez y la vejez en *Lecciones de cosas*, de Carlos Barral".

La noche le es propicia es un libro de erotismo concreto y desbordado

(*"sobran palabras, pero no extra- vío"*), con la historia puntual de un encuentro fugaz—una noche de amor de dos desconocidos—en el que una conciencia femenina desdoblada busca alcanzar los sentidos perdidos de su biografía mientras da rienda suelta por fin a sus impulsos como vía para reconocerse: "Y ahora percibe/ un no sé qué de apego hacia sí misma".

Frente al aparente arrebatado del sentimiento en *La noche le es propicia* (que aporta un muy acabado logro de imaginario femenino), el nuevo libro, más desnudo de artificios elocutivos, se plantea la autoconsideración de la voz con un tono de remembranza reflexiva. En *Como los trenes de la noche*, en efecto, José Agustín Goytisolo aborda desde una mayor distancia analítica la reconsideración de toda su poesía intimista y aun hay lugar para algunas referencias al aspecto crítico de su escritura. Y esto es así porque, más que replantear todos sus temas, lo que le ha importado en esta ocasión al autor ha sido actualizar la entidad de su personaje poético, recoger los rasgos de identidad característicos de los libros anteriores y reflexionar sobre los estímulos que guían su escritura del presente.

Todo ello en un libro presentado formalmente como fruto de un designio compositivo muy particular. Piensa José Agustín que el ritmo de la lengua hablada en castellano encaja más adecuadamente en el verso encañilado que en el octosílabo, como suele defenderse. Goytisolo, que, al igual que José Hierro, ha usado frecuentemente el encañilado con gran variedad y riqueza de matices, ha querido en esta ocasión que su libro todo gravite en torno a esa medida, y son cuatro partes de nueve poemas encañilados los que componen la organización textual de *Como los trenes de la noche*. Tres primeras partes en las que se distri-

buyen la historia y el argumento de la obra apuntando a la conclusión, en la cuarta, en torno al sentido, entre elegíaco y hedonista de una biografía de poeta, la del propio autor, que en este libro de consecuencias, de finales, se configura de nuevo.

Ya en los nueve poemas de la primera parte advertimos el desdoblamiento de la mirada del sujeto poético en dos voces—un yo que habla y un tú al que se dirige—y en dos tiempos que se contemplan mutuamente.

Desde la sensibilidad infantil tal como perdura en el recuerdo, con todas sus imprecisiones y reelaboraciones, la conciencia del mundo forma una contradicción de la que el yo actual es consciente: al mundo infantil de luces, formas, colores e ilusiones ha sucedido el mundo adulto del desengaño, empobrecido en ideales y sueños. Tras la constatación de esa antinomia, la voz del poema se dirige a los restos de aquella conciencia del niño para reclamar su ayuda en las postrimerías: "Niño que fuiste: no te dejes/ ahora que acaba vuestro tiempo./ Id los dos juntos al andén/ para emprender el gran viaje".

Frente a la realidad inmediata del hoy, la realidad de entonces se recrea con gran riqueza de estímulos sensoriales, de cosas y de presencias concretas que fijan la duración de las experiencias: los antiguos olores del jardín, los árboles, el pósito de la subasta del pescado, las voces enton-

ces incomprensibles. Estableciendo el punto de contraste, el escenario íntimo de la memoria se define con dos certeros versos: "Dulce el aroma de la tarde/ breve el jardín y vasto el reino."

A la mitad de esta primera parte, sin embargo, interviene ya la perspectiva actual, la que materializa con cierta autoindulgencia—que fija las señas de identidad del protagonista actual—que la infancia se está considerando desde el presente de un sujeto mucho más precario, renuente en apariencia a conocerse demasiado bien; alguien que no dice no resistir contemplarse a solas en el espejo: "Siempre encubriendo/ lo que eres: un temeroso/ y atrasado sentimental./ un lobo sin garras ni dientes./ un desastre como persona". Completan el autorretrato dos rasgos muy distintos: el vitalismo hedonista que resiste, pese a todo—*"Abre tu pecho a tanta ofrenda/ como recibes; siendo efímero/ te sientes libre y elevado/ igual que el pájaro que canta"*—, y la punzada persistente de la desaparición de la madre, reflejada en el lecho de muerte del padre con un patetismo que contagia el escalofrío: "¿En qué pensaba esos momentos/ mirando siempre hacia la luna?/ Adivinarlo era muy fácil./ Te recorrió un escalofrío."

Así configurada la entidad de quien habla en estos poemas, las dos partes centrales del libro ofrecen en su recorrido por diversos temas el balance final de la experiencia. Canciones, elegías y poemas eróticos desgranados, con variedad de estímulos sensoriales, con la delicadeza de la poesía tradicional y con la inmediatez de la palabra actual, un recorrido vital marcado por la inclinación inteligente al sentimiento y por la invitación al propio reconocimiento del lector en cada poema. Así, en "Una sombra", la necesidad del desahogo amistoso y de la confianza, o en "Mano a mano", con recuerdos de tango, la crónica precisa del final de un amor: "Dos cafés y un vaso de agua/ fría: como su corazón/ y tus ojos. Ella habla y habla/ y tú no sabes qué decir/ (...)/ Es la hora de los adioses/ sin reproches y sin tristeza:/ mano a mano habéis quedado/ ¡Pero qué agrio este café!".

Más simbólicos y más enigmáticos, los poemas de la tercera parte se enfrentan a los mismos temas desde una mayor y más general distancia reflexiva: lo fugitivo de la realidad en el olvido ("Mar de hoy"), la perduración de una imagen infantil sobre el vértigo de lo pasado ("El limonero era real/ y lo demás fueron

visiones", en "Nuevos ritmos"), la profundidad del tiempo, la obsesión de la soledad, el desasimiento ("Nada quieres que ya no tengas./ ¿Qué más puedes no desear?"), el dibujo de un niño como punto de partida del desengaño, o la celebración de la amistad: "Así sientes la libertad:/ conversar con la gente que amas./ Pronto llega la poesía./.../ los amigos/ le hacéis sitio en la reunión".

Frente a la devastación del pasado y con la conciencia de las devastaciones futuras, la parte final recupera todas las reflexiones de un libro tan intensamente meditativo y las dirige hacia la precaria afirmación de una manera propia de entender el presente: la vida como teatro, el juego de aplazar la muerte, escribiendo hasta que termine la función, los amores pasados como argumento de la sencilla intensidad del *carpe diem* ("Esto es perennidad: vivir/ el lado simple de la vida/ quererte aspir a lo que escapa"), y, cómo no, una reafirmación de la rebeldía continua que fundamenta buena parte de sus libros: "Actor/ entre el inmenso repertorio/ de esta tragedia milenaria/ vas a seguir siempre en el bando/ de los rebeldes y sus sombras". El último poema, "Como los trenes de la noche" explica el sentido simbólico del título del libro y amplía el diálogo a todo destinatario. Es una reflexión sobre el miedo a la muerte, un consejo de serenidad en la tradición epicúrea y, además de un buen poema de estirpe clásica, es una hermosa letra para ser cantada en tono luminoso: "Atraviesa la soledad/ como los trenes de la noche:/ la luz que huye es más hermosa/ cuando el ave la sobrevuela./ El viaje termina pronto/ y después ya no ocurre nada." El valor insuperable de la vida se defiende, así, mejor que nunca, como apuesta a una sola carta, como un avance de espaldas que permite seguir contemplando hasta el final todo aquello que los días van dejando atrás.

En la conclusión de su poética, la escritura entendida ante todo como revelación compartida con el lector: "Todo lo que has sentido: todo/ lo que cantaste con palabras/ si son sólo emociones tuyas/ —viven tus tuyas— poco importan./ Porque deseos y esperanzas/ y mal de amor y sufrimiento/ los tienen muchos. Mas si cuentas/ algo que pueda despertar/ una emoción dormida en otro/ —una revelación entre las líneas—/ el poema termina ahí/ en el pecho sobresaltado/ que lo repite y hace suyo/ hasta olvidar quien lo escribiera". Conseguir ese resultado implica siempre en José Agustín Goytisolo, y ahora más que nunca, saber producir con las palabras justas y con el artificio verbal un efecto de realidad y de confianza que el lector cómplice reconozca y asuma como compartible. Se entiende que esta poesía, en la voz de su autor o en la ya muy cascada de Paco Ibáñez, sea la que abarrotará los auditorios. Una lección que muchos poetas se empeñan en ignorar, y así les suele ir.

